

AMPARO DÁVILA

Selección y nota introductoria

LUIS MARIO SCHNEIDER

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL

DIRECCIÓN DE LITERATURA

MÉXICO, 2010

ÍNDICE

NOTA INTRODUCTORIA,

LUIS MARIO SCHNEIDER

2

EL HUÉSPED

5

LA SEÑORITA JULIA

11

EL ENTIERRO

21

ÁRBOLES PETRIFICADOS

35

NOTA INTRODUCTORIA

La infancia es un lujo, pero es también un peligroso y movedizo terreno que define y retrata una historia. Amparo Dávila lo sabe, lo vivió. Nació en 1928 en Pinos, Zacatecas, uno de esos tantos poblados mineros mexicanos que más parecen cuevas de fantasmas, traspasados por el viento helado, por días largos como años, por años inmensos e inmóviles como la eternidad. Ahí no se habita, ahí se inventa la vida por el único camino posible: la imaginación. Tanto se inventa, tanto se fábulas que ya no es posible hallar la frontera entre la verdad y la irrealidad. Si a ello se agrega una precaria salud, una infancia solitaria, de hija única, pesada en el silencio, en la mudez, entonces la inteligencia se vuelve desquiciante. Para completar, la familia va a vivir a San Luis Potosí, y la muchacha acarrea sus espectros y va a parar a colegios de monjas. Ahí comenzó el fatalismo: descubrió la palabra escrita y la lectura perturbadora.

Primero fue la poesía. Dos títulos que ciñen tristezas, cercenamientos, ansiedades que encubren lágrimas y deseos de evasiones: *Salmos bajo la luna* (1950) y *Perfil de soledades* (1954).

Ya en la ciudad de México descubrió la narrativa, de la que como ataduras ancestrales, como destinación, jamás ha abandonado. En 1959 aparece *Tiempo destrozado*; en 1964 *Música concreta*, y *Árboles petrificados*, ganador del premio Xavier Villaurrutia, en 1977.

Los tres volúmenes son la constatación de una obsesión, de una terquedad que asombra. El mundo de Amparo Dávila es siempre uno y lo maravilloso es que ese sólo mundo es polifacético, diverso. Nace siempre de lo cotidiano, diría de lo modesto, de lo sin nombre, pero que poco a poco, sin nerviosismo, sin intranquilidades va recorriendo un lento camino hacia lo insólito; es una ruta al erizamiento. Una naturalidad que a veces sin darnos cuenta estamos habitando el sobresalto, la angustia, la desesperación, especialmente el terror. Un terror que es doblemente monstruoso porque estos

seres simples, bondadosos a veces, tiernos, cándidos, son en último momento personajes diabólicos, pobladores infernales. Parecería que Amparo Dávila, digo parecería, pero estoy seguro de ello, nos descubre que un hecho, que un instante, también un proceso, puede desatar en nosotros los sentimientos y las acciones más insospechadas, más crueles. De ahí que creo que en este sentido los cuentos de Amparo Dávila no son sólo literatura, sino una profunda investigación en el campo de la ética, del comportamiento humano.

Todo hace que estos relatos, que esta escritura de una poderosa vitalidad sea como una telaraña que va acorralando, que va atrapando al lector hacia un mundo interior, no desprovisto de magia, de hechizo, de un poder embrujado.

Narraciones de detalles donde hasta el más ínfimo acontecimiento colabora para la realización total, apoyado en un lenguaje ceñido, preciso, elemental.

Los personajes de los cuentos de Amparo Dávila son vivencias de una usurpación. Muchas veces he pensado que esta mezcla de convivencia entre seres de la ficción con otros de la vida real —familiares, amigos— responde a esa dualidad, están aclimatados en ese sitio, en ese umbral donde no se percibe la línea de la razón y del enajenamiento. Dije personajes, pero pregunto ¿pueden llamarse así también a esos individuos perturbadores que son más ánimas en pena, criaturas raras, en metamorfosis, animales singulares que cohabitan en la normalidad y en la extrañeza? En última instancia fuerzas oscuras que desatan legendarias memorias de venganza, de muerte y devastación.

Ambivalentes son sus paisajes, sus escenografías. Comprenden lo fácil, lo llano, lo franco, pero al mismo tiempo se sostienen en el vértigo de las despiadadas y salvajes pesadillas de los sueños escalofriantes que anticipan dolor y sangre.

Panoramas detenidos, sentimientos panteístas donde los objetos representantes de no se sabe qué maquinación sobrenatural se vuelven dominadores, absorbentes. Amos de lo siniestro.

La crítica ha insistido, quizá demasiado en que los cuentos de Amparo Dávila vienen directamente del universo de Edgar Allan Poe, de Franz Kafka y de los latinoamericanos Borges, Arreola y Cortázar. No sería mejor ¿antes que hallar influencias, hablar de afinidades espirituales? Si otra cosa distingue a la narrativa de Amparo Dávila es su originalidad y su honradez que no proviene por vía intelectual, sino por esa ligadura a una existencia padecida, también imaginada.

LUIS MARIO SCHNEIDER

Nunca olvidaré el día en que vino a vivir con nosotros. Mi marido lo trajo al regreso de un viaje.

Llevábamos entonces cerca de tres años de matrimonio, teníamos dos niños y yo no era feliz. Representaba para mi marido algo así como un mueble, que se acostumbra uno a ver en determinado sitio, pero que no causa la menor impresión. Vivíamos en un pueblo pequeño, incomunicado y distante de la ciudad. Un pueblo casi muerto o a punto de desaparecer.

No pude reprimir un grito de horror, cuando lo vi por primera vez. Era lúgubre, siniestro. Con grandes ojos amarillentos, casi redondos y sin parpadeo, que parecían penetrar a través de las cosas y de las personas.

Mi vida desdichada se convirtió en un infierno. La misma noche de su llegada supliqué a mi marido que no me condenara a la tortura de su compañía. No podía resistirlo; me inspiraba desconfianza y horror. “Es completamente inofensivo” —dijo mi marido mirándome con marcada indiferencia. “Te acostumbrarás a su compañía y, si no lo consigues...” No hubo manera de convencerlo de que se lo llevara. Se quedó en nuestra casa.

No fui la única en sufrir con su presencia. Todos los de la casa —mis niños, la mujer que me ayudaba en los quehaceres, su hijito— sentíamos pavor de él. Sólo mi marido gozaba teniéndolo allí.

Desde el primer día mi marido le asignó el cuarto de la esquina. Era ésta una pieza grande, pero húmeda y oscura. Por esos inconvenientes yo nunca la ocupaba. Sin embargo él pareció sentirse contento con la habitación. Como era bastante oscura, se acomodaba a sus necesidades. Dormía hasta el oscurecer y nunca supe a qué hora se acostaba.

Perdí la poca paz de que gozaba en la casona. Durante el día, todo marchaba con aparente normalidad. Yo me levantaba siempre muy temprano, vestía a los niños que ya estaban despiertos, les daba el desayuno

y los entretenía mientras Guadalupe arreglaba la casa y salía a comprar el mandado.

La casa era muy grande, con un jardín en el centro y los cuartos distribuidos a su alrededor. Entre las piezas y el jardín había corredores que protegían las habitaciones del rigor de las lluvias y del viento que eran frecuentes. Tener arreglada una casa tan grande y cuidado el jardín, mi diaria ocupación de la mañana, era tarea dura. Pero yo amaba mi jardín. Los corredores estaban cubiertos por enredaderas que florecían casi todo el año. Recuerdo cuánto me gustaba, por las tardes, sentarme en uno de aquellos corredores a coser la ropa de los niños, entre el perfume de las madreselvas y de las buganvillas.

En el jardín cultivaba crisantemos, pensamientos, violetas de los Alpes, begonias y heliotropos. Mientras yo regaba las plantas, los niños se entretenían buscando gusanos entre las hojas. A veces pasaban horas, callados y muy atentos, tratando de coger las gotas de agua que se escapaban de la vieja manguera.

Yo no podía dejar de mirar, de vez en cuando, hacia el cuarto de la esquina. Aunque pasaba todo el día durmiendo no podía confiarme. Hubo veces que, cuando estaba preparando la comida, veía de pronto su sombra proyectándose sobre la estufa de leña. Lo sentía detrás de mí... yo arrojaba al suelo lo que tenía en las manos y salía de la cocina corriendo y gritando como una loca. Él volvía nuevamente a su cuarto, como si nada hubiera pasado.

Creo que ignoraba por completo a Guadalupe, nunca se acercaba a ella ni la perseguía. No así a los niños y a mí. A ellos los odiaba y a mí me acechaba siempre.

Cuando salía de su cuarto comenzaba la más terrible pesadilla que alguien pueda vivir. Se situaba siempre en un pequeño cenador, enfrente de la puerta de mi cuarto. Yo no salía más. Algunas veces, pensando que aún dormía, yo iba hacia la cocina por la merienda de los niños, de pronto lo descubría en algún oscuro rincón del corredor, bajo las enredaderas. “¡Allí está ya, Guadalupe!”, gritaba desesperada.

Guadalupe y yo nunca lo nombrábamos, nos parecía que al hacerlo cobraba realidad aquel ser tenebroso. Siempre decíamos: —allí está, ya salió, está durmiendo, él, él, él...

Solamente hacía dos comidas, una cuando se levantaba al anochecer y otra, tal vez, en la madrugada antes de acostarse. Guadalupe era la encargada de llevarle la bandeja, puedo asegurar que la arrojaba dentro del cuarto pues la pobre mujer sufría el mismo terror que yo. Toda su alimentación se reducía a carne, no probaba nada más.

Cuando los niños se dormían, Guadalupe me llevaba la cena al cuarto. Yo no podía dejarlos solos, sabiendo que se había levantado o estaba por hacerlo. Una vez terminadas sus tareas, Guadalupe se iba con su pequeño a dormir y yo me quedaba sola, contemplando el sueño de mis hijos. Como la puerta de mi cuarto quedaba siempre abierta, no me atrevía a acostarme, temiendo que en cualquier momento pudiera entrar y atacarnos. Y no era posible cerrarla; mi marido llegaba siempre tarde y al no encontrarla abierta habría pensado... Y llegaba bien tarde. Que tenía mucho trabajo, dijo alguna vez. Pienso que otras cosas también lo entretenían...

Una noche estuve despierta hasta cerca de las dos de la mañana, oyéndolo afuera... Cuando desperté, lo vi junto a mi cama, mirándome con su mirada fija, penetrante... Salté de la cama y le arrojé la lámpara de gasolina que dejaba encendida toda la noche. No había luz eléctrica en aquel pueblo y no hubiera soportado quedarme a oscuras, sabiendo que en cualquier momento... Él se libró del golpe y salió de la pieza. La lámpara se estrelló en el piso de ladrillo y la gasolina se inflamó rápidamente. De no haber sido por Guadalupe que acudió a mis gritos, habría ardido toda la casa.

Mi marido no tenía tiempo para escucharme ni le importaba lo que sucediera en la casa. Sólo hablábamos lo indispensable. Entre nosotros, desde hacía tiempo el afecto y las palabras se habían agotado.

Vuelvo a sentirme enferma cuando recuerdo... Guadalupe había salido a la compra y dejó al pequeño Martín dormido en un cajón donde lo acostaba durante el día. Fui a verlo varias veces, dormía tranquilo. Era cerca del mediodía. Estaba peinando a mis niños cuando oí el llanto del pequeño mezclado con extraños gritos. Cuando llegué al cuarto lo encontré golpeando cruelmente al niño. Aún no sabía explicar cómo le quitó al pequeño y cómo me lancé contra él con una tranca que encontré a la mano, y lo atacué con toda la furia contenida por tanto tiempo. No sé si llegué a causarle mucho daño, pues caí sin sentido. Cuando Guadalupe volvió del mandado, me encontró desmayada y a su pequeño lleno de golpes y de arañes que sangraban. El dolor y el coraje que sintió fueron terribles. Afortunadamente el niño no murió y se recuperó pronto.

Temí que Guadalupe se fuera y me dejara sola. Si no lo hizo, fue porque era una mujer noble y valiente que sentía gran afecto por los niños y por mí. Pero ese día nació en ella un odio que clamaba venganza.

Cuando conté lo que había pasado a mi marido, le exigí que se lo llevara, alegando que podía matar a nuestros niños como trató de hacerlo con el pequeño Martín. “Cada día estás más histérica, es realmente doloroso y deprimente contemplarte así... te he explicado mil veces que es un ser inofensivo.”

Pensé entonces en huir de aquella casa, de mi marido, de él... Pero no tenía dinero y los medios de comunicación eran difíciles. Sin amigos ni parientes a quienes recurrir, me sentía tan sola como un huérfano.

Mis niños estaban atemorizados, ya no querían jugar en el jardín y no se separaban de mi lado. Cuando Guadalupe salía al mercado, me encerraba con ellos en mi cuarto.

—Esta situación no puede continuar —le dije un día a Guadalupe.

—Tendremos que hacer algo y pronto —me contestó.

— ¿Pero qué podemos hacer las dos solas?

—Solas, es verdad, pero con un odio...

Sus ojos tenían un brillo extraño. Sentí miedo y alegría.

La oportunidad llegó cuando menos la esperábamos. Mi marido partió para la ciudad a arreglar unos negocios. Tardaría en regresar, según me dijo, unos veinte días.

No sé si él se enteró de que mi marido se había marchado, pero ese día despertó antes de lo acostumbrado y se situó frente a mi cuarto. Guadalupe y su niño durmieron en mi cuarto y por primera vez pude cerrar la puerta.

Guadalupe y yo pasamos casi toda la noche haciendo planes. Los niños dormían tranquilamente. De cuando en cuando oíamos que llegaba hasta la puerta del cuarto y la golpeaba con furia...

Al día siguiente dimos de desayunar a los tres niños y, para estar tranquilas y que no nos estorbaran en nuestros planes, los encerramos en mi cuarto. Guadalupe y yo teníamos muchas cosas por hacer y tanta prisa en realizarlas que no podíamos perder tiempo ni en comer.

Guadalupe cortó varias tablas, grandes y resistentes, mientras yo buscaba martillo y clavos. Cuando todo estuvo listo, llegamos sin hacer ruido hasta el cuarto de la esquina. Las hojas de la puerta estaban entornadas. Conteniendo la respiración, bajamos los pasadores, después cerramos la puerta con llave y comenzamos a clavar las tablas hasta clausurarla totalmente. Mientras trabajábamos, gruesas gotas de sudor nos corrían por la frente. No hizo entonces ruido, parecía que estaba durmiendo profundamente. Cuando todo estuvo terminado, Guadalupe y yo nos abrazamos llorando.

Los días que siguieron fueron espantosos. Vivió muchos días sin aire, sin luz, sin alimento... Al principio golpeaba la puerta, tirándose contra ella, gritaba desesperado, arañaba... Ni Guadalupe ni yo podíamos co-

mer ni dormir, ¡eran terribles los gritos...! A veces pensábamos que mi marido regresaría antes de que hubiera muerto. ¡Si lo encontrara así...! Su resistencia fue mucha, creo que vivió cerca de dos semanas...

Un día ya no se oyó ningún ruido. Ni un lamento... Sin embargo, esperamos dos días más, antes de abrir el cuarto.

Cuando mi marido regresó, lo recibimos con la noticia de su muerte repentina y desconcertante.

LA SEÑORITA JULIA

La señorita Julia, como la llamaban sus compañeros de oficina, llevaba más de un mes sin dormir, lo cual empezaba a dejarle huellas. Las mejillas habían perdido aquel tono rosado que Julia conservaba, a pesar de los años, como resultado de una vida sana, metódica y tranquila. Tenía grandes y profundas ojeras y la ropa se le notaba floja. Y sus compañeros habían observado, con bastante alarma, que la memoria de la señorita Julia no era como antes. Olvidaba cosas, sufría frecuentes distracciones y lo que más les preocupaba era verla sentada, ante su escritorio, cabeceando, a punto casi de quedarse dormida. Ella que siempre estaba fresca y activa. Su trabajo había sido hasta entonces eficiente y digno de todo elogio. En la oficina empezaron a hacer conjeturas. Les resultaba inexplicable aquel cambio. La señorita Julia era una de esas muchachas de conducta intachable y todos lo sabían. Su vida podía tomarse como ejemplo de moderación y rectitud. Desde que sus hermanas menores se habían casado. Julia vivía sola en la casa que los padres les habían dejado al morir. Ella la tenía arreglada con buen gusto y escrupulosamente limpia, por lo que resultaba un sitio agradable, no obstante ser una casa vieja. Todo allí era tratado con cuidado y cariño. El menor detalle delataba el fino espíritu de Julia, quien gustaba de la música y los buenos libros: la poesía de Shelley y la de Keats, los Sonetos del Portugués y las novelas de las hermanas Brontë. Ella misma se preparaba los alimentos y limpiaba la casa con verdadero agrado. Siempre se la veía pulcra; vestida con sencillez y propiedad. Debió de haber sido bella; aún conservaba una tez fresca y aquella tranquila y dulce mirada que le daba un aspecto de infinita bondad. Desde hacía algún tiempo estaba comprometida con el señor De Luna, contador de la empresa, quien la acompañaba todas las tardes desde la oficina hasta su casa. Algunas veces se quedaba a tomar un café y a oír música, mientras la señorita Julia tejía algún suéter

para sus sobrinos. Cuando había un buen concierto asistían juntos; todos los domingos iban a misa y, a la salida, a tomar helados o pasear por el bosque. Después Julia comía con sus hermanas y sobrinos; por la tarde jugaban canasta uruguaya y tomaban el té. Al oscurecer Julia volvía a su casa muy satisfecha. Revisaba su ropa y se prendía los rizos.

Hacía más de un mes que Julia no dormía. Una noche la había despertado un ruido extraño como de pequeñas patadas y carreras ligeras. Encendió la luz y buscó por toda la casa, sin encontrar nada. Trató de volver a dormirse y no pudo conseguirlo. A la noche siguiente sucedió lo mismo, y así, día tras día... Apenas comenzaba a dormirse cuando el ruido la despertaba. La pobre Julia no podía más. Diariamente revisaba la casa de arriba abajo sin encontrar ningún rastro. Como la duela de los pisos era bastante vieja, Julia pensó que a lo mejor estaba llena de ratas, y eran éstas las que la despertaban noche a noche. Contrató entonces a un hombre para que tapara todos los orificios de la casa, no sin antes introducir en los agujeros un raticida. Tuvo que pagar por este trabajo 60 pesos, lo cual le pareció bastante caro. Esa noche se acostó satisfecha pensando que había ya puesto fin a aquella tortura. Le molestaba mucho, sin embargo, haber tenido que hacer aquel gasto, pero se repitió muchas veces que no era posible seguir en vela ni un día más. Estaba durmiendo plácidamente cuando el tan conocido ruido la despertó. Fácil es imaginar la desilusión de la señorita Julia. Como de costumbre revisó la casa sin resultado. Desesperada se dejó caer en un viejo sillón de descanso y rompió a llorar. Allí vio amanecer...

Como a las once de la mañana Julia no podía de sueño; sentía que los ojos se le cerraban y el cuerpo se le aflojaba pesadamente. Fue al baño a echarse agua en la cara. Entonces oyó que dos de las muchachas hablaban en el pasillo, junto a la escalera.

— ¿Te fijaste en la cara que tiene hoy? —Sí, desastrosa.

—No sé cómo puede presentarse a trabajar así, hasta un niño sospecharía...

— ¿Entonces tú también crees...?

— ¡Pero si es evidente...!

—Nunca me imaginé que la señorita Julia...

—Lo que a mí me da coraje es que se haga pasar por una santa.

—A mí me da mucho dolor verla, la pobre ya no puede ni con su alma.

— ¡Claro!, a su edad...

Julia sintió que toda la sangre se le subía a la cabeza. Le comenzaron a temblar las manos y las piernas se le aflojaron. Le resultaba difícil entender aquella infamia. Un velo tibio le nubló la vista y las lágrimas rodaron por las mejillas encendidas.

La señorita Julia compró trampas para ratas, queso y veneno. Y no permitió que Carlos de Luna la acompañara, porque le apenaba sobremanera que llegara a saber que su casa se encontraba llena de ratas. El señor De Luna podía pensar que no había la suficiente limpieza, que ella era desaseada y vivía entre alimañas. Colocó una ratonera en cada una de las habitaciones, con una ración de queso envenenado, pues pensaba que si las ratas lograban salvarse de la ratonera morirían envenenadas con el queso. Y para lograr mejores resultados y eliminar cualquier riesgo, puso un pequeño recipiente con agua, envenenada también, por si las ratas se libraban de la trampa y no gustaban del queso, pues imaginó que sentirían sed, después de su desenfrenado juego. Toda la noche escuchó ruidos, carreras, saltos, resbalones... ¡Aquellas ratas se divertían de lo lindo, pero sería su última fiesta! Este pensamiento le comunicaba algunas fuerzas y le abría la puerta de la liberación. Cuando el ruido terminó, ya en la madrugada, Julia se levantó llena de ansiedad a ver cuántas

ratas habían caído en las ratoneras. No encontró una sola. Las ratoneras estaban vacías, el queso intacto. Su única esperanza era que, por lo menos, hubieran bebido el agua envenenada.

La pobre Julia empezó a probar diariamente un nuevo veneno. Y tenía que comprarlos en sitios diferentes y donde no la conocieran, pues en los lugares adonde había ido varias veces comenzaban a verla con miradas maliciosas, como sospechando algo terrible. Su situación era desesperada. Cada día sus fuerzas disminuían de manera notable. Había perdido su alegría habitual y la tranquilidad de que siempre había gozado; su aspecto comenzaba a ser deplorable y su estado nervioso, insostenible. Perdió por completo el apetito y el placer por la lectura y la música. Aunque lo intentaba, no podía interesarse en nada. Lo único que leía y estudiaba con desesperación eran unos viejos libros de farmacopea que habían pertenecido a su padre. Pensaba que su única salvación consistiría en descubrir ella misma algún poderoso veneno que acabara con aquellos diabólicos animales, puesto que ningún otro producto de los ordinarios surtía efecto en ellos.

La señorita Julia se había quedado dormida. Alguien le tocó suavemente un hombro. Despertó al instante, sobresaltada.

—El jefe la llama, señorita Julia.

Julia se restregó los ojos, muy apenada, y se empolvó ligeramente tratando de borrar las huellas del sueño. Después se encaminó hacia la oficina del señor Lemus. Apenas si llamó a la puerta. Y se sentó en el borde de la silla, estirada, tensa. El señor Lemus comenzó diciendo que siempre había estado contento con el trabajo de Julia, eficiente y satisfactorio, pero que de algún tiempo a la fecha las cosas habían cambiado y él estaba muy preocupado por ella... Que lo había pensado bastante antes de decidirse a hablarle... Y le aseguraba que, por su parte, no había prestado atención a ciertos rumores... (esto último lo dijo bajando la vista). Julia había enrojecido por completo, se

afianzó de la silla para no caer, su corazón golpeaba sordamente. No supo cómo salió de aquel privado ni si alcanzó a decir algo en su defensa. Cuando llegó a su escritorio sintió sobre ella las miradas de todos los de la oficina. Afortunadamente el señor De Luna no estaba en ese momento. Julia no hubiera podido soportar semejante humillación.

Las hermanas se dieron cuenta bien pronto de que algo muy grave sucedía a Julia. Al principio aseguraba que no tenía nada, pero a medida que las cosas empeoraron y que Julia fue perdiendo la estabilidad tuvo que confesarles su tragedia. Trataron inútilmente de calmarla y le prometieron ayudarla en todo. Junto con sus maridos revisaron la casa varias veces sin encontrar nada, lo cual las dejó muy desconcertadas. Aumentaron entonces sus cuidados y atenciones hacia la pobre hermana. Poco después decidieron que Julia necesitaba un buen descanso y que debía solicitar cuanto antes un “permiso” en su trabajo. Julia también se daba cuenta de que estaba muy cansada y que le hacía falta reponerse, pero veía con gran tristeza que sus hermanas dudaban también del único y real motivo que la tenía sumida en aquel estado. Se sentía observada por ellas hasta en los detalles más insignificantes, y ni qué decir de la oficina, donde su conducta llevaba a los compañeros a pensar en motivos humillantes y vergonzosos. La incomprensión y la bajeza de que era capaz la mayoría de la gente, la había destrozado y deprimido por completo. Recordaba constantemente aquella conversación que había tenido el infortunio de escuchar, y la reconvencción del señor Lemus... y entonces las lágrimas le rodaban por las mejillas y los sollozos subían a su garganta.

La señorita Julia estaba encariñada con su trabajo, no obstante la serie de humillaciones y calumnias que a últimas fechas había tenido que sufrir. Llevaba quince años en aquella oficina, y siempre había pensado trabajar allí hasta el último día que pudiera hacerlo, a menos que se le concediera la dicha de formar un

hogar como a sus hermanas. Pensaba que era poco serio andar de un trabajo en otro, y que eso no podía sentar ningún buen precedente. Después de mucho cavilar resolvió que no le quedaba más remedio que solicitar un permiso, como deseaban sus hermanas, y tratar de restablecerse.

Las relaciones de Julia con el señor De Luna se habían ido enfriando poco a poco, y no porque ésta fuera la intención de ella. Cuando empezó a sufrir aquella situación desquiciante, se rehusó a verlo diariamente como hasta entonces lo hacía, por temor a que él sospechara algo. Experimentaba una enorme vergüenza de que descubriera su tragedia. De sólo imaginarlo sentía que las manos le sudaban y la angustia le provocaba náuseas. Después ya no era sólo ese temor, sino que Julia no tenía tiempo para otra cosa que no fuera preparar venenos. Había improvisado un pequeñísimo laboratorio utilizando algunas cosas que se había encontrado en un cajón, y que sin duda su padre guardaba como recuerdo de sus años de farmacéutico, pues unos años antes de morir vendió la farmacia y sólo se dedicaba a atender unos cuantos enfermos. En ese laboratorio Julia pasaba todos sus ratos libres y algunas horas de la noche mezclando sustancias extrañas que, la mayoría de las veces, producían emanaciones insostenibles o gases que le irritaban los ojos y la garganta, ocasionándole accesos de tos y copioso lagrimeo... Así las cosas, Julia ya no tenía tiempo ni paz para sentarse a escuchar música con el señor De Luna. Se veían poco, si acaso una vez por semana y los domingos que iban a misa. Pero Julia sentía que aquel afecto era de tal solidez y firmeza que nada lo podía menoscabar. “Un sentimiento sereno y tranquilo, como una sonata de Bach; un entendimiento espiritual estrecho y profundo, lleno de pureza y alegría...” Así lo había Julia definido.

Y el señor De Luna pensaba igual que Julia respecto de la nobleza de sus relaciones, “tan raras y difíciles de encontrar, en un mundo enloquecido y lleno de per-

versión, en aquel desenfreno donde ya nadie tenía tiempo de pensar en su alma ni en su salvación, donde los hogares cristianos cada vez eran más escasos...” y daba gracias diariamente por aquella bella dádiva que se le había otorgado y que tal vez él no merecía. Pero Carlos de Luna era un hombre en extremo piadoso, hijo y hermano ejemplar, contador honorable y muy competente. Perteneecía con gran orgullo a la Orden de Caballeros de Colón de cuya mesa directiva formaba parte. Ya hacía algunos años que debería haberse casado, pero él, responsable en extremo, había querido esperar a tener la consistencia moral necesaria, así como cierta tranquilidad económica que le permitiera sostener un hogar con todo lo necesario y seguir ayudando a sus ancianos padres. Había conocido a Julia desde tiempo atrás, después tuvo la suerte de trabajar en la misma oficina, lo cual facilitó la iniciación de aquella amistad que poco a poco se fue transformando en hondo afecto. A últimas fechas, el señor De Luna se hallaba muy preocupado y confuso. Julia había cambiado notablemente, y él sospechaba que algo muy grave debía de ocurrirle. Se mostraba reservada, evitaba hablarle a solas. Empezó a sufrir en silencio aquel repentino y extraño cambio de Julia y a esperar que un día le abriera su corazón y se aclarara todo. Pero Julia cada día se alejaba más y el señor De Luna empezó a notar que en la oficina se comentaba también el cambio de Julia. Después llegaron hasta él frases maliciosas y mal intencionadas que tuvieron la virtud, primero de producirle honda indignación y, después, de prender la duda y la desconfianza en su corazón. En este estado fue a consultar su caso con el Reverendo Padre Cuevas, que desde hacía muchos años era su confesor y guía espiritual y quien resolvía los pocos problemas que el buen hombre tenía. El Reverendo Padre le aconsejó que esperara un tiempo prudente para ver si Julia volvía a ser la de antes o, de lo contrario, se alejara de ella definitivamente, ya que a lo mejor ésa era una prueba palpable que daba Dios de que esa unión no convenía y estaba encaminada al fracaso y al des-

encanto, y podía ser, tal vez, un grave peligro para la salvación de su alma.

La señorita Julia llegó una tarde, última que trabajaba en la oficina, a pedirle a Carlos de Luna que la acompañara hasta su casa porque quería comunicarle algo importante. Este la recibió con marcada frialdad, de una manera casi hostil, como se puede ver algo que está produciendo daño o un peligro inmediato y temido. Julia, más cohibida que de costumbre por la actitud de Carlos, le relató en el camino que iba a dejar de trabajar por un tiempo porque necesitaba descanso. Carlos de Luna escuchaba sin hacer ningún comentario. Con sombrero y paraguas negros y su habitual traje oscuro tenía siempre un aire grave y taciturno, que ese día estaba más acentuado.

Julia lo invitó a pasar. Mientras hacía el café experimentaba un gran bienestar. La sola presencia del señor De Luna le producía confianza y tranquilidad. Se reprochó entonces haberlo visto tan poco durante ese último tiempo. Se reprochó también no haber tenido el valor de confiarle su tragedia. El la hubiera confortado y juntos habrían encontrado alguna solución. Decidió entonces hablar con Carlos.

Los dos bebían el café, en silencio. De pronto Julia dijo:

—Carlos... yo quisiera decirle...

—Diga, Julia.

—¿No quisiera oír algo de música?

—Como usted guste.

Julia se levantó a poner unos discos, profundamente contrariada consigo misma. No se había atrevido, no se atrevería nunca. Las palabras se habían negado a salir. Tal vez aquella actitud demasiado seca de Carlos la había contenido. Aquella mirada tan lejana cuando ella iba a empezar a contarle su tragedia. Cogió su tejido y se sentó. Entonces Carlos de Luna comenzó a hablar, más bien a balbucear:

—Julia, yo quisiera proponerle... más bien... yo he pensado... querida Julia... yo creo que lo mejor... es

decir, tomando en cuenta... Julia, por nuestro bien y salud espiritual... lo más conveniente es dar por terminado... bueno, quiero decir no llevar adelante nuestro proyecto de matrimonio...

Mientras el señor De Luna trataba de decir esto, se secó la frente con el pañuelo varias veces. Estaba tan pálido como un muerto y la voz se le quebraba constantemente. Después, un poco más calmado, siguió hablando “de la tremenda responsabilidad que el matrimonio implicaba, de los numerosos deberes y las obligaciones de los cónyuges...”

Julia estaba aún más pálida que él. El tejido había caído de sus manos y la boca se le secó completamente. El dolor y el desencanto la habían traspasado de tal manera que temía no poder decir ni una sola palabra. Haciendo un verdadero esfuerzo le aseguró que estaba de acuerdo con él, y que esa decisión, sin duda, era lo mejor para ambos.

La señorita Julia se sentía como una casa deshabitada y en ruinas; no encontraba sitio ni apoyo; se había quedado en el vacío; girando a ciegas en lo oscuro; quería dejarse ir, perderse en el sueño; olvidarlo todo. Dejó entonces de preparar venenos y de inventar trampas para las ratas. Tenía la convicción de que aquellos animales la perseguirían hasta el último día de su vida, y toda lucha contra ellos resultaría inútil. No fue más los domingos a comer con sus hermanas por no poder soportar el ruido que hacían los niños y menos aún jugar a las cartas. Tejía constantemente con manos temblorosas; de cuando en cuando se enjugaba una lágrima. Y sólo interrumpía su labor para asear un poco la casa y prepararse algo de comida. A veces se quedaba, algún rato, dormida en el sillón, y esto era todo su descanso. Su hermana Mela iba todas las noches a acompañarla. Temían que algo le pasara, si la dejaban sola; tal era su estado. Y Mela, cansada de las labores de su casa, caía rendida y se dormía profundamente. A veces la despertaban los pasos de Julia que

iba y venía por toda la casa buscando las ratas, “aquellas ratas infernales que no la dejaban dormir. . .”

Julia tenía los ojos cerrados, pero estaba despierta y escuchaba los ruidos en la estancia... en la escalera... aquellas carreras... saltos... resbalones... después allí en su cuarto... llegando hasta su cama... debajo de la cama. Abrió los ojos y se incorporó; algo de claridad penetraba por las viejas persianas de madera. Escuchó como una estampida, una huida rápida, distinguió unas sombras alargadas y alcanzó a ver unos ojillos muy redondos, muy rojos y brillantes. Encendió la luz y saltó de la cama; *ahora sí las encuentro...* Después de algún rato de inútil búsqueda volvió a la cama tiritando de frío. Lloró sordamente. Se mesaba los cabellos con desesperación o se clavaba las uñas en las palmas de las manos produciéndose un daño que ya no sentía.

Aquella mañana la señorita Julia se levantó haciendo un gran esfuerzo. Dio algunos pasos tambaleante y se detuvo unos minutos frente al espejo para componerse el cabello. El rostro que vio reflejado no podía ser más desastroso. Abrió el clóset para buscar algo que ponerse y... ¡allí estaban!... Julia se precipitó sobre ellas y las aprisionó furiosamente. ¡Por fin las había descubierto!... ¡las malditas, las malditas, eran ellas!... con sus ojillos rojos y brillantes... eran ellas las que no la dejaban dormir y la estaban matando poco a poco... pero las había descubierto y ahora estaban a su merced... no volverían a correr por las noches ni a hacer ruido... estaba salvada... volvería a dormir... volvería a ser feliz... allí las tenía fuertemente cogidas... se las enseñaría a todo el mundo... a los de la oficina... a Carlos de Luna... a sus hermanas... todos se arrepentirían de haber pensado mal... se disculparían... olvidaría todo... ¡malditas, malditas!... ¡qué daño tan grande le habían hecho!... pero allí estaban... en sus manos... reía a carcajadas... las apretaba más... caminaba de un lado a otro del cuarto... estaba tan feliz de haberlas descu-

bierto... ya había perdido toda esperanza... reía estrepitosamente... Ahora estaban en su poder... ya no le harían daño nunca más... hablaba y reía... lloraba de gusto y de emoción gritaba, gritaba... qué suerte haberlas descubierto, qué suerte... risa y llanto, gritos, carcajadas... con aquellos ojillos rojos y brillantes... gritaba... gritaba... gritaba...

Cuando Mela llegó, restregándose los ojos y bostezando, encontró a Julia apretando furiosamente su hermosa estola de martas cebellinas.

Volvió en sí en un hospital, en un cuarto pequeño donde todo era blanco y escrupulosamente limpio, entre tanques de oxígeno y frascos de suero, sin poder moverse ni hablar, sin permiso de recibir visitas. Con la conciencia vino también la desesperación de encontrarse hospitalizado y de una manera tan estricta. Todos sus intentos de comunicarse con su oficina, de ver a su secretaria, fueron inútiles. Los médicos y las enfermeras le suplicaban a cada instante que descansara y se olvidara, por un tiempo, de todas las cosas, que no se preocupara por nada. —“Su salud es lo primero, descanse usted, repose, repose, trate de dormir, de no pensar...” —“Pero, ¿cómo dejar de pensar en su oficina abandonada de pronto sin instrucciones, sin dirección? ¿Cómo no preocuparse por sus negocios y todos los asuntos que estaban pendientes? Tantas cosas que había dejado para resolver al día siguiente. Y la pobre Raquel sin saber nada... Su mujer y sus hijos eran acompañantes mudos. Se turnaban a su cabecera pero tampoco lo dejaban hablar ni moverse.” —“Todo está bien en la oficina, no te preocupes, descansa tranquilo”—. Él cerraba los ojos y fingía dormir, daba órdenes mentalmente a su secretaria, repasaba todos sus asuntos, se desesperaba. Por primera vez en la vida se sentía maniatado, dependiendo sólo de la voluntad de otros, sin poder rebelarse porque sabía que era inútil intentarlo. Se preguntaba también cómo habrían tomado sus amigos la noticia de su enfermedad, cuáles habrían sido los comentarios. A veces, un poco adormecido a fuerza de pensar y pensar, identificaba el sonido del oxígeno con el de su grabadora, y sentía entonces que estaba en la oficina dictando como acostumbraba hacerlo, al llegar por las mañanas; dictaba largamente hasta que, de pronto y sin tocar la puerta, entraba su secretaria con una enorme jeringa de inyec-

ciones y lo picaba cruelmente; abría entonces los ojos y se encontraba de nuevo allí, en su cuarto del hospital.

Todo había empezado de una manera tan sencilla que no le dio importancia. Aquel dolorcillo tan persistente en el brazo derecho, lo había atribuido a una simple reuma ocasionada por la constante humedad del ambiente, a la vida sedentaria, tal vez abusos en la bebida... tal vez. De pronto sintió que algo por dentro se le rompía, o se abría, que estallaba, y un dolor mortal, rojo, como una puñalada de fuego que lo atravesaba; después la caída, sin gritos, cayendo cada vez más hondo, cada vez más negro, más hondo y más negro, sin fin, sin aire, en las garras de la asfixia muda.

Después de algún tiempo, casi un mes, le permitieron irse a su casa, a pasar parte del día en un sillón de descanso y parte recostado en la cama. Días eternos sin hacer nada, leyendo sólo el periódico, y eso después de una gran insistencia de su parte. Contando las horas, los minutos, esperando que se fuera la mañana y viniera la tarde, después la noche, otro día, otro, y así... Aguardando con verdadera ansiedad que fuera algún amigo a platicar un rato. Casi a diario les preguntaba a los médicos con marcada impaciencia, cuándo estaría bien, cuándo podría reanudar su vida ordinaria. —“Vamos bien, espere un poco más.” —“Tenga calma, estas cosas son muy serias y no se pueden arreglar tan rápidamente como uno quisiera. Ayúdenos usted...” — Y así era siempre. Nunca pensó que le llegara a pasar una cosa semejante, él que siempre había sido un hombre tan sano y tan lleno de actividad. Que tuviera de pronto que interrumpir el ritmo de su vida y encontrarse clavado en un sillón de descanso, allí en su casa, a donde desde algunos años atrás no iba sino a dormir, casi siempre en plena madrugada; a comer de vez en cuando (los cumpleaños de sus hijos y algunos domingos que pasaba con ellos). En la actualidad sólo hablaba con su mujer lo más indispensable, cosas referentes a los muchachos que era necesario discutir o resolver de común acuerdo, o cuando tenían algún compromiso social, de asistir a una fiesta o de recibir en su casa. El alejamiento había surgido a

los pocos años de matrimonio. Él no podía atarse a una sola mujer, era demasiado inquieto, tal vez demasiado insatisfecho. Ella no lo había comprendido. Reproches, escenas desagradables, caras largas... hasta que al fin acabó por desentenderse totalmente de ella y hacer su vida como mejor le complacía. No hubo divorcio; su mujer no admitía esas soluciones anticatólicas, y se concretaron sólo a ser padres para los hijos y a cumplir con las apariencias. Había llegado a serle tan extraña que ya no sabía qué platicarle ni qué decirle. Ahora ella lo atendía con marcada solicitud, que él no llegaba a entender si era todavía un poco de afecto, sentido del deber, o tal vez lástima de verlo tan enfermo. Como fuera, se encontraba bastante incómodo ante ella, no porque sintiera remordimientos de ninguna especie (nunca había tenido remordimientos en la vida), sólo su propio yo tenía validez, los otros funcionaban en relación con su deseo.

Pocos amigos lo visitaban. Los más íntimos: —“¿cómo te sientes?”, —“¿qué tal va ese ánimo?”, —“hoy te ves muy bien”, —“hay que darse valor, animarse”, —“pronto estarás bien”, —“tienes muy buen semblante, no pareces enfermo”— (entonces sentía unos deseos incontrolables de gritar, que no estaba enfermo del semblante, que cómo podían ser tan imbéciles), pero se contenía; lo decían seguramente de buena fe, además no era justo portarse grosero con quienes iban a platicar un rato con él y a distraerlo un poco. Esos momentos con sus amigos y los ratos que pasaba con sus hijos cuando no iban a clases, eran su única distracción.

Todos los días aguardaba el momento en que su mujer se metía bajo la regadera, entonces descolgaba el teléfono y en voz muy baja le hablaba a Raquel. A veces ella le contestaba al primer timbrazo; otras tardaba; otras no contestaba, él imaginaba entonces cosas que lo torturaban terriblemente: la veía en la cama, en completo abandono, acompañada todavía, sin oír siquiera el timbre del teléfono, sin acordarse ya de él, de todas sus promesas... En esos momentos quería aventar el teléfono y las mantas que le calentaban las pier-

nas, y correr, llegar pronto, sorprenderla (todas eran iguales, mentirosas, falsas, traidoras, “el muerto al hoyo y el vivo al pollo”, miserables, vendidas, cínicas, poca cosa, pero de él no se burlaría, la pondría en su lugar, la botaría a la calle, a donde debía estar, la enseñaría a que aprendiera a comportarse, a ser decente, se buscaría otra muchacha mejor y se la pondría enfrente, ya vería la tal Raquel, ya vería...). Pálido como un muerto y todo tembloroso, pedía a gritos un poco de agua y la pastilla calmante. Otro día ella contestaba el teléfono rápidamente y todo se le olvidaba.

Los días seguían pasando sin ninguna mejoría. —“Debe usted tener paciencia, ésta es una cosa lenta, ya se lo hemos dicho, espere un poco más”—. Pero él empezó a observar cosas bastante evidentes: las medicinas que disminuían o se tornaban en simples calmantes; pocas radiografías, menos electrocardiogramas; las visitas de los médicos cada vez más cortas y sin comentarios, el permiso para ver a su secretaria y tratar con ella los asuntos más urgentes; la notable preocupación que asomaba a los rostros de su mujer y de sus hijos; su solicitud exagerada al no querer ya casi dejarlo solo, sus miradas llenas de ternura... Desde algunos días atrás su mujer dejaba abierta la puerta de la recámara, contigua a la de él, y varias veces durante la noche le daba vueltas con el pretexto de ver si necesitaba algo. Una noche que no dormía la oyó sollozar. No tuvo más dudas entonces, ni abrigó más esperanzas. Lo entendió todo de golpe, no tenía remedio y el fin era tal vez cercano. Experimentó otro desgarramiento, más hondo aún que el del ataque. El dolor sin límite ni esperanza de quien conoce de pronto su sentencia y no puede esperar ya nada sino la muerte; de quien tiene que dejarlo todo cuando menos lo pensaba, cuando todo estaba organizado para la vida, para el bienestar físico y económico; cuando había logrado cimentar una envidiable situación; cuando tenía tres muchachos inteligentes y hermosos a punto de convertirse en hombres, cuando había encontrado una chica como Raquel. La muerte no estuvo nunca en sus planes ni en su pensamiento. Ni aun cuando moría algún

amigo o algún familiar pensaba en su propia desaparición; se sentía lleno de vida y de energías. ¡Tenía tantos proyectos, tantos negocios planeados, quería tantas cosas! Deseó ardientemente, con toda su alma, encontrarse en otro día, sentado frente a su escritorio dictando en la grabadora, corriendo de aquí para allá, corriendo siempre para ganarle tiempo al tiempo. ¡Que todo hubiera sido una horrible pesadilla! Pero lo más cruel era que no podía engañarse a sí mismo. Había ido observando día a día que su cuerpo le respondía cada vez menos, que la fatiga comenzaba a ser agobiante, la respiración más agitada.

Aquel descubrimiento lo hundió en una profunda depresión. Así pasó varios días, sin hablar, sin querer saber de sus negocios, sin importarle nada. Después, y casi sin darse cuenta, empezó, de tanto pensar y pensar en la muerte, a familiarizarse con ella, a adaptarse a la idea. Hubo veces en que casi se sintió afortunado por conocer su próximo fin y no que le hubiera pasado como a esas pobres gentes que se mueren de pronto y no dan tiempo ni a decirles “Jesús te ayude”; los que se mueren cuando están durmiendo y pasan de un sueño a otro sueño, dejándolo todo sin arreglar. Era preferible saberlo y preparar por sí mismo las cosas; hacer su testamento correctamente, y también ¿por qué no? dejar las disposiciones para el entierro. Quería ser enterrado, en primer lugar, como lo merecía el hombre que trabajó toda la vida hasta lograr una respetable posición económica y social y, en segundo término, a su gusto y no a gusto y conveniencias de los demás. “Ya todo es igual, para qué tanta ostentación, son vanidades que ya no tienen sentido”, eso solían opinar siempre los familiares de los muertos. Pero para quien lo dejaba todo, sí tenía sentido que las dos o tres cosas últimas que se llevaba fueran de su gusto. Empezó por pensar cuál sería el cementerio conveniente. El inglés tenía fama de ser el más distinguido y por lo tanto debía ser el más costoso. Allí fue a enterrar a dos amigos y no lo encontró mal ni deprimente; parecía más bien un parque, con muchas estatuas y prados muy bien cuidados. Sin embargo se respiraba allí una

cierta frialdad establecida: todo simétrico, ordenado, exacto como la mentalidad de los ingleses y, para ser sincero consigo mismo, nunca le habían simpatizado los ingleses con su eterna careta de serenidad, tan metódicos, tan puntuales, tan llenos de puntos y comas. Siempre le costó mucho trabajo entenderlos las ocasiones en que tuvo negocios con ellos; eran minuciosos, detallistas y tan buenos financieros que le producían profundo fastidio. Él, que era tan decidido en todas sus cosas, que se jugaba los negocios muchas veces por pura corazonada, que al tomar una decisión había dicho su última palabra, que cerraba un negocio y pasaba inmediatamente a otro, no soportaba a aquellos tipos que volvían al principio del asunto, hacían mil observaciones, establecían cláusulas, imponían mil condiciones, ¡vaya que eran latosos!... Mejor sería pensar en otro cementerio. Se acordó entonces del Jardín, allí donde estaba enterrada su tía Matilde. No cabía duda de que era el más bonito: fuera de la ciudad, en la montaña, lleno de luz, de aire, de sol (por cierto que no supo nunca cómo había quedado el monumento de su tía; no tenía tiempo para ocuparse de esas cosas, no por falta de voluntad, ¡claro!; su mujer le contó que lo habían dejado bastante bien). Allí también estaba Pepe Antúnez, ¡tan buen amigo, y qué bueno era para una copa!, nunca se doblaba, aguantaba hasta el final. Ya cuando estaba alegre, le gustaba oír canciones de Guty Cárdenas, y por más que le dijeron que dejara la copa nunca hizo caso: “Si no fuera por éstas —decía levantando la copa—, y una o dos cosas más, ¡qué aburrida sería la vida!” Y se murió de eso. Él tampoco había sido malo para la copa: unos cuantos whiskys para hacer apetito, una botella de vino en la comida, después algún coñac o una crema y, si no hubiera sido porque tenía demasiados negocios y le quedaba poco tiempo, a lo mejor habría acabado como el pobre Pepe... Pensó también en el Panteón Francés. “Tiene su categoría, no cabe duda, pero es el que más parece un cementerio, tan austero, tan depresivo. Es extraño que sea así, pues los franceses siempre parecen tan llenos de vida y de alegría... sobre todo ellas...

Renée, Dennise, Viviane...” Y sonrió complacido, “¡guapas muchachas!” Cuando estaba por los cuarenta creía que tener una amante francesa era de muy buen tono y provocaba cierta envidia entre los amigos, pues existe la creencia de que las francesas y las italianas conocen todos los secretos y misterios de la alcoba. Después, con los años y la experiencia, llegó a saber que el ardor y la sabiduría eróticos no son un rasgo racial, sino exclusivamente personal. Había tenido dos amantes francesas por aquel entonces. Viviane no fue nada serio. A Renée se la presentaron en un coctel de la Embajada Francesa:

—Acabo de llegar... estoy muy desorientada... no sé cómo empezar los estudios que he venido a hacer, usted sabe, un país desconocido...

—Lo que usted necesita es un padrino que la oriente, algo así como un tutor...

La mirada con que ella aceptó el ofrecimiento fue tan significativa, que él supo que podría aspirar a ser algo más que tutor. Y así fue, casi sin preámbulos ni rodeos se habían entendido. Con la misma naturalidad con que algunas mujeres toman un baño o se cepillan los dientes, aquellas niñas iban a la cama. Le había puesto un departamento chico pero agradable y acogedor: una pequeña estancia con cantina, una cocinita y un baño. En la estancia había un *cauch* forrado de terciopelo rojo que servía de asiento y de cama, una mesa y dos libreros. Renée llevó solamente algunos libros, una máquina de escribir y sus objetos personales. Él le regaló un tocadiscos para que pudiera oír música mientras estudiaba. Ella nunca cocinaba en el departamento, decía que no le quedaba tiempo con tantas clases y se quejaba siempre de que comía mal, en cualquier sitio barato. Los hermanos estudiaban aún, el padre, un abogado ya viejo, litigaba poco. Por lo tanto de su casa le enviaban una cantidad muy reducida para sus gastos. Él no había podido soportar que Renée viviera así y le regaló una tarjeta del Diners Club para que comiera en buenos restaurantes. Al poco tiempo tuvo que cambiarla a otro departamento más grande y, por supuesto, más costoso. Ella se lamentaba conti-

nuamente de que el departamento era demasiado reducido, de que se sentía asfixiar, de que los vecinos hacían mucho ruido y no la dejaban trabajar... Después tuvo que comprarle un automóvil, porque perdía mucho tiempo en ir y venir de la escuela, los camiones siempre iban llenos de gente sucia y de léperos que la asediaban con sus impertinencias; a veces hasta necesitaba pedir ayuda, ¡y claro que él no podía permitir esas cosas! Renée le había gustado mucho, era cierto, pero nunca se apasionó por ella. La relación duró como un año. Después ella empezó a no dejarse ver tan seguido, “tengo que estudiar mucho, reprobé una materia, y quiero presentarla a título de suficiencia, un compañero me va a ayudar...” Cuando ella tenía que estudiar, lo cual sucedía casi todas las noches, él pasaba a llevarle una caja de chocolates o algunos bocadillos; ella abría la puerta y recibía el obsequio pero no le permitía entrar; “estando tú, no podré estudiar y tengo que pasar el examen”, le daba un beso rápido y cerraba la puerta con un *au revoir chéri*. Él se marchaba entonces un poco fastidiado en busca de algún amigo para ver una variedad, o a tomar algunas copas antes de irse a dormir a su casa... Aquel día le llevó los chocolates como de costumbre. Se había despedido, y ya se iba, cuando notó que llevaba desanudada la cinta de un zapato, se agachó para amarrársela, pegado casi a la puerta del departamento. Entonces escuchó las risas de ellos y algunos comentarios: —“Ya nos trajeron nuestros chocolates”. —“¡Pobre viejo tonto!” —decía el muchacho. Después más risas, después. .. ¡Lo que había sentido! Toda la sangre se le subió de pronto a la cabeza, quiso tirar la puerta y sorprenderlos, golpear, gritar; y no estaba enamorado, era su orgullo, su vanidad por primera vez ofendida. ¡Qué buena jugada le había hecho la francesita! Encendió un cigarrillo y le dio varias fumadas. No valía la pena, había reflexionado de pronto, sólo quedaría en ridículo, o a lo mejor se le pasaba la mano y mataba al muchacho y ¿entonces?, ¡qué escándalo en los periódicos! Un hombre de su posición engañado por un estudiantino, ¡daba risa! Sus amigos se burlarían de él hasta el fin de su vida, ya se

lo imaginaba. Además, toda la familia se enteraría, los clientes que lo juzgaban una persona tan seria y honorable... No, de ninguna manera se comprometería con un asunto de tal índole. Tomó el elevador y salió del edificio, estacionó su carro a cierta distancia y esperó fumando cigarrillo tras cigarrillo. Quería saber a qué hora salía el muchacho, para estar totalmente seguro. Esperó hasta las siete de la mañana; lo vio salir arreglándose el cabello, bostezando... Después ella lo había buscado muchas veces. Lo llamaba a su oficina, lo esperaba a la entrada, lo buscaba en los bares acostumbrados. El permaneció inabordable; ya no le interesaba: había miles como ella, o mejores. Dennise no significó nada, se acostó con ella dos o tres veces, y era mucho, pues todos sus amigos y casi media ciudad, habían pasado sólo una vez por su lecho; tenía la cualidad de ser muy aburrida y la obsesión de casarse con quien se dejara, además era larga y flacucha, no tenía nada. . .

Se decidió finalmente por el Cementerio Jardín, quedaría cerca de su tía Matilde. Después de todo, ella fue como su segunda madre, lo había recogido cuando quedó huérfano y le dio cariño y protección. Ordenaría que le hicieran un monumento elegante y sobrio: una lápida de mármol con el nombre y la fecha. Compraría una propiedad para toda la familia; que pasaran allí a la tía Matilde y a sus hermanos. Comprar una propiedad tenía sus ventajas: como inversión era bastante buena, pues los terrenos suben de precio siempre, aún los de los cementerios; aseguraba también que sus hijos y su mujer tuvieran dónde ser enterrados; no sería nada difícil que acabaran con la herencia que iba a dejarles, ¡había visto tantos casos de herencias cuantiosas dolorosamente dilapidadas! Su ataúd sería metálico, bien resistente y grande; no quería que le pasara lo que a Pancho Rocha: cuando fue a su velorio tuvo la desagradable impresión de que lo habían metido en una caja que le quedaba chica. Pediría una carroza de las más elegantes y caras para que las gentes que vieran pasar su entierro dijeran: debe haber sido alguna persona muy importante y muy rica. En cuanto a la agencia funeraria donde sería velado no había problema,

Gayosso era la mejor de todas. Estas disposiciones irían incluidas en el testamento que pensaba entregar a su abogado y que debería ser abierto tan pronto él muriera para darle tiempo a la familia de cumplir sus últimos deseos.

Los días empezaron a hacerse cortos. A fuerza de pensar y pensar se le iban las horas sin sentir. Ya no sufría esperando las visitas de los amigos, por el contrario deseaba que no fueran a interrumpirlo ni que su secretaria llegara a informarlo o a consultarle cosas de sus negocios. La familia comenzó a hacerse conjeturas al observar el cambio que había experimentado después de tantos días sumido en el abatimiento. Se le veía entusiasmado con lo que planeaba; sus ojos tenían otra vez brillo. Permanecía callado, era cierto, pero ocupado en algo muy importante. Llegaron a pesar que estaría madurando alguno de esos grandes negocios que solía realizar. Para ellos este cambio fue un alivio, pues su depresión les hacía más dura la sentencia que se cernía sobre él.

Comenzó por escribir el testamento, las disposiciones para el entierro las dejaría al final, ya que estaban totalmente planeadas y resueltas. La fortuna —fincas, acciones, dinero en efectivo— sería repartida por partes iguales entre su mujer y sus tres hijos; su mujer quedaría como albacea hasta que los muchachos hubieran terminado sus carreras y estuvieran en condiciones de iniciar un trabajo. A Raquel le dejaría la casa que le había puesto y una cantidad de dinero suficiente para que hiciera algún negocio. A su hermana Sofía, algunas acciones de petróleos; la pobre nunca estaba muy holgada en cuestión de dinero, con tantos hijos y con Emilio que casi siempre terminaba mal en todos los negocios que emprendía. A su secretaria le daría la casa de la colonia del Valle: había sido tan paciente con él, tan fiel y servicial, tenía casi quince años a su servicio... Su hermano Pascual no necesitaba nada, ya que era tan rico como él. Pero su tía Carmen sí, aunque era cierto que nunca tuvo gran cariño por aquella

vieja neurasténica que siempre lo estaba regañando y censurando; en fin, así era la pobre y ya estaba tan vieja que le quedaría sin duda poco tiempo de vida, que por lo menos ese tiempo tuviera todo lo que se le antojara.

Tardó varios días en escribir el testamento. No quería que nadie se enterara de su contenido hasta el momento oportuno. Escribía en los pocos ratos en que lo dejaban solo. Cuando alguien llegaba, escondía los papeles en el escritorio y cerraba con llave el cajón. Todo había quedado perfectamente aclarado para no dar lugar a confusiones y pleitos, era un testamento bien organizado y justo, no defraudaría a nadie. Sólo faltaba agregar allí las disposiciones para el entierro, lo cual haría en cualquier otro momento.

Dos cosas deseaba antes de morir: salir a la calle por última vez, caminar solo, sin que nadie lo vigilara y sin que nadie en su casa se enterara, caminar como una de esas pobres gentes que van tan tranquilas sin saber que llevan ya su muerte al lado y que al cruzar la calle un carro las atropella y las mata, o los que se mueren cuando están leyendo el periódico mientras hacen cola para esperar su camión; quería también volver a ver una vez más a Raquel, ¡la había extrañado tanto!... La última vez que estuvieron juntos cenaron fuera de la ciudad; el lugar era íntimo y agradable, muy poca luz, la música asordinada, lenta... A las tres copas Raquel quiso bailar; él se había negado: le parecía ridículo a su edad, podía encontrarse con algún conocido, eso ya no era para él; pero ella insistió, insistió y ya no pudo negarse. Recordaba aún el contacto de su cuerpo tan generosamente dotado, su olor de mujer joven y limpia, y como si hubiera tenido un presentimiento, la había estrechado más.

Cuando la fue a dejar a su casa, no se quedó con ella; no se sentía bien, tenía una extraña sensación de ansiedad, algo raro que le oprimía el pecho, lo sofocaba y le dificultaba la respiración; apenas había podido llegar a su casa y abrir el garaje... Cumpliría estos deseos, sin avisarle a nadie, se escaparía. Después de la comida resultaría fácil: su mujer dormía siempre una

pequeña siesta y los sirvientes hacían una larga sobremesa. Él pasaba siempre las tardes en la biblioteca donde había una puerta que comunicaba con el garaje, por allí saldría sin ser visto. En el clóset de la biblioteca tenía abrigo y gabardina... Cuando regresara les explicaría todo, ellos entenderían. En su situación ya nada podía hacerle mal, su muerte era irremediable. Se quedara sentado inmóvil como un tronco o saliera a caminar, para el caso ya todo era igual... En aquel momento entró su mujer: la tarde estaba fría, llovía un poco, era mejor irse a la cama. Accedió de buena gana y se dejó llevar. Antes de dormirse volvió a pensar con gran regocijo que al día siguiente haría su última salida. Se sentía tan emocionado como el muchacho que se va por primera vez de parranda: vería a Raquel, vería otra vez las calles, caminaría por ellas...

Estaba en la biblioteca, como de costumbre, sentado en su eterno sillón de descanso. No se escuchaba el menor ruido. Parecía que no había un alma en toda la casa. Sonrió complacido: todo iba a resultarle más fácil de lo que había pensado. Eran cerca de las cuatro de la tarde cuando se decidió a salir. Sacó del clóset la gabardina, una bufanda de lana y un sombrero. Se arregló correctamente y escuchó pegado a la puerta, pero no había la menor señal de vida en aquella casa, todo era silencio, un silencio absoluto. Bastante tranquilo salió por la puerta del garaje, no sin antes haberse colocado unos gruesos lentes oscuros para no ser reconocido. Quería caminar solo. La tarde era gris y algo fría, tarde de otoño ya casi invierno. Se acomodó la bufanda y se subió el cuello de la gabardina, se alejó de la casa lo más rápido que pudo. Después, confiado, aminoró el paso y se detuvo a comprar cigarrillos. Encendió uno y lo saboreó con gran deleite, ¡tanto tiempo sin fumar! Al principio les pedía siempre a sus amigos que le llevaran cigarrillos, nunca lo hicieron, después no volvió a pedirlos. Caminó un rato sin rumbo, hasta que se dio cuenta de que iba en dirección contraria a la casa de Raquel y cambió su camino. Al llegar a una esquina se detuvo: venía un cortejo fúnebre y ya no le daba tiempo de atravesar la calle. Esperaría... Pasaron

primero unos camiones especiales llenos de personas enlutadas, después siguió una carroza negra, nada ostentosa, común y corriente, sin galas, “debía ser un entierro modesto”. Sin embargo, detrás de la carroza, varios camiones llevaban grandes ofrendas florales, coronas enormes y costosas, “entonces se trataba de alguna persona importante”. Venía después el automóvil de los deudos, un Cadillac negro último modelo, “igual al suyo”. Al pasar el coche pudo distinguir en su interior las caras desencajadas y pálidas de sus hijos y a su mujer que, sacudida por los sollozos, se tapaba la boca con un pañuelo para no gritar.

ÁRBOLES PETRIFICADOS

Es de noche, estoy acostada y sola. Todo pesa sobre mí como un aire muerto; las cuatro paredes me caen encima como el silencio y la soledad que me aprisionan. Llueve. Escucho la lluvia cayendo lenta y los automóviles que pasan veloces. El silbato de un vigilante suena como un grito agónico. Pasa el último camión de medianoche. Medianoche, también entonces era la medianoche... Reposamos, la respiración se ha ido calmando y es cada vez más leve. Somos dos naufragos tirados en la misma playa, con tanta prisa o ninguna como el que sabe que tiene la eternidad para mirarse. Nada que no sea nosotros mismos importa ahora, sorprendidos por una verdad que sin saberlo conocíamos. Nos hemos buscado a tientas desde el otro lado del mundo, presintiéndonos en la soledad y el sueño. Aquí estamos. Reconociéndonos a través del cuerpo. Nos hemos quedado inmóviles, largo rato en silencio, uno al lado del otro. Tu mano vuelve a acariciarme y nuestros labios se encuentran. Una ola ardiente nos inunda, caemos nuevamente, nos hundimos en un agua profunda y nos perdemos juntos. Suspiras. Yo también. Estamos de vuelta. Ha pasado el tiempo, minutos o años, ya nada está igual. Todo se ha transformado. Se abren jardines y huertos; se abre una ciudad bajo el sol, y un templo olvidado resplandece. Afuera transcurre plácida la noche y en el viento llega un lejano rumor de campanas. No quisiera escucharlas. Suenan a ausencia y a muerte, y me ciño de nuevo a tu cuerpo como si me afanzara a la vida. La desesperanza florece en una pasión que está más allá de las palabras y las lágrimas. “Es muy tarde” dices. “Tendrás que irte...” Me siento al borde de la cama como si estuviera a la orilla del mundo, del espacio en que hemos navegado como planetas reencontrados. Te contemplo vistiéndote con prisa y sin cuidado, yo me pongo una bata con desgano y tengo que hacer un gran esfuerzo para levantarme y caminar hasta la puerta a despedirte. No hablamos. Pueden oírnos

y descubrir que nos hemos amado apresurada y clandestinamente en esta noche que empieza a caérseme en pedazos. Las campanas siguen tocando y llegan cada vez más claras en el viento de la madrugada, su sonido nos envuelve como un agua azul llena de peces. Llegamos cogidos de la mano hasta la puerta y nos besamos allí como los que se besan en los muelles. La puerta se cierra tras de ti y es como una página que termina y uno quisiera alargar toda la vida. No logro entender que ya te has ido y que estoy de nuevo sola. Abro la ventana y el aire frío del amanecer me azota la cara. Tiemblo de pies a cabeza y comienzo de pronto a sentir miedo, miedo de que mañana, hoy, todo se desvanezca o termine como niebla que la luz deshace. Vivimos una noche que no nos pertenece, hemos robado manzanas y nos persiguen. Quiero verme el rostro en un espejo, saber cómo soy ahora, después de esta noche... Ha llegado. La llave da vuelta en la cerradura. La puerta se abre. Voy a fingir que duermo para que no me moleste, no quiero que me interrumpa ahora que estoy en esa noche, esa que él no puede recordar, noches y días sólo nuestros, que no le pertenecen. Ha entrado a ver si estoy dormida, me está mirando, suspira fastidiado, enciende un cigarrillo, busca junto al teléfono si hay recados, sale, camina por la estancia, conecta el radio, ya no hay nada, es tarde, sólo *music for dancing*, recorre todas las estaciones, va hacia la cocina, abre el refrigerador, no ha de haber cenado, dijo que no le guardara nada, hay un poco de pollo, si quiere puede hacer un sándwich, ya tiró algo, siempre tan torpe, está cantando ahora, debe estar muy contento. Sigue lloviendo. Suenan las llantas de los automóviles en el asfalto mojado. También aquel día había llovido en la madrugada y la mañana estaba un poco fresca, ¿te acuerdas...? Llegaste muy temprano con un ramo de claveles rojos; yo me quedé con ellos entre las manos... No sé bien lo que te estoy diciendo, he caído dentro de un remolino de sorpresas y turbación. Nunca me han regalado flores, es la primera vez, quisiera decírtelo pero empezamos a hablar de cosas que no nos pertenecen mientras yo arreglo los claveles

en un florero. Tú miras los libros del estante y los hojeas mostrando un desmedido interés. Sé que los dos estamos huyendo de este momento o de las palabras directas, de una emoción que nos aturde y nos ciega como una luz incandescente. Nos quedamos suspendidos sobre el instante mientras un claxon suena en la esquina como si sonara en el más remoto pasado. Ese pasado antes de ti que ahora se desvanece y pierde todo sentido. Sólo tienen validez estos momentos tan honda y confusamente vividos dentro de nosotros mismos. Nos sentamos junto a la ventana y miramos hacia afuera como si estuviéramos dentro de una jaula o de una armadura. Quisiera vivir este mismo instante mañana, en un día abierto para nosotros. Pienso en una ciudad donde pudiéramos caminar por las calles sin que nadie nos conociera ni nos saludara, estar tirados en una playa sola o vagar por el campo cogidos de la mano. Quisiera conocer contigo el mundo, quisiera entrar contigo en el sueño y despertar siempre a tu lado. Te miro fijamente, quiero aprenderte bien para cuando sólo quede tu recuerdo y tenga que descifrar lo que no me dices ahora. Una parte de mi vida, estos minutos, se van contigo. No sé decir las cosas que siento. Tal vez algún día te las escriba sentada frente a otra ventana. No sé tampoco hasta dónde soy feliz. Cada despedida es un estarse desangrando, un dolor que nos asesina lentamente. Estamos llenos de palabras y sentimientos, de un silencio que nos confina en nosotros mismos. Tal vez esta habitación nos queda demasiado grande o demasiado estrecha y por eso no sabemos qué hacer con nuestros cuerpos y las palabras. Miras el reloj. El tiempo es una daga suspendida sobre nuestra cabeza. Después vendrá la tarde vacía como esas cuando no estás conmigo, cuando nos separamos y nos falta la mitad del cuerpo... Siento que me está mirando fijamente y suspira, debe estar cansado, bostezo, ha de ser ya muy tarde, bostezo otra vez y comienza a desnudarse. La ropa va cayendo sobre la silla, la cama se hunde cuando se sienta a quitarse los zapatos. Se mete bajo las cobijas pegándose a mi cuerpo y su mano empieza a acariciarme. Quisiera poder

decirle que no me toque, que es inútil, que no estoy aquí, que sus labios no busquen los míos, yo ya he salido, estoy lejos conduciendo el automóvil por la avenida de los sauces, oyendo el zumbido de las llantas sobre el pavimento, viendo de reojo cómo avanza la aguja en el cuadrante, 70, 80, las casas y los árboles pasan cada vez más rápido, 90, 100, una niña llora sentada en la banqueta, necesito llegar pronto, la calle se alarga hasta la eternidad, un hombre me saluda y sonrío, no quiero hacerte esperar, paso las luces rojas, sólo importa llegar, me has estado esperando a través de los días y los años, a pesar de la dicha y la desdicha, por eso es tan cierto nuestro encuentro, no hay otra manera de decirlo. Corro hacia ti y nos abrazamos largamente. Caminamos cogidos de la mano. Caminamos hacia el fin del mundo. La noche ha caído sobre nosotros como una profecía largo tiempo esperada. Las calles están desiertas, somos los únicos sobrevivientes del verano. Este viejo jardín nos estaba esperando. El tiempo ha dejado de ser una angustia. Estamos tan completos que no deseamos hacer nada, sólo sentarnos en esta banca y quedarnos como dos sonámbulos dentro del mismo sueño. Los pájaros revolotean entre las ramas, caen hojas. Estamos unidos por las manos y por los ojos, por todo lo que somos hoy y hemos logrado rescatar de la rutina de los días iguales. Aquí sentados hemos estado siempre, aquí seguiremos sin despedidas ni distancias en un continuo revivir. Suenan las doce en esta noche perdurable. Han pasado mil años, han pasado un segundo o dos. Los pájaros revolotean entre las ramas, caen hojas. Miramos la fachada de una vieja iglesia entre la bruma cálida del amanecer. Miramos las columnas y los nichos como a través de un recuerdo. No hables ahora, guárdame en tus manos. Conserva la moneda, tu rostro y el mío, para tardes lluviosas en que el tedio pesa enormemente. Todo sentimiento aparte de nosotros se ha borrado. Velada por nubes altas pasa la luna como una herida luminosa en el cielo negro. Los pájaros revolotean entre las ramas, caen hojas. Se anudan las palabras en la garganta, son demasiado usadas para decirlas. Vi-

vimos una noche siempre nuestra. Me afianzo a tus manos y a tus ojos. Es tan claro el silencio que nuestra sangre se escucha. El alumbrado de las calles ha palidecido. Ni un alma transita por ninguna parte. Los árboles que nos rodean están petrificados. Tal vez ya estamos muertos... tal vez estamos más allá de nuestro cuerpo...

Amparo Dávila. Material de Lectura.
Serie El Cuento Contemporáneo, núm. 81,
de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM.
Ilustración de portada:
Dibujo de Oskar Kokoshka.
Cuidó la edición: Ana Cecilia Lazcano.